

La experiencia de la propagación de la fe en el Camino Neocatecumenal

Ezequiele Pasotti

Prefecto de Estudios del Seminario Diocesano Misionero Redemptoris Mater de Roma

Introducción

Más que de “difusión de la fe” – podría dar la impresión de querer medirnos con los números, con los éxitos o fracasos – preferimos hablar de “evangelización”. Permítanme comenzar con algunas reflexiones (que ya he propuesto en otra ocasión), que tal vez pueden parecer obvias, pero que no retengo tales, especialmente hablando de la fe.

La belleza es una característica distintiva del cristianismo, porque Dios no sólo es el creador de lo que es bello, sino porque Dios es hermoso. «Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva: ¡Tarde te amé», exclama san Agustín, en sus Confesiones.

«¡Tú eres belleza [...] Tú eres belleza!» – repite S. Francisco de Asís en su himno extático, escrito después de haber recibido los estigmas de Cristo. Dice san Buenaventura: «Contemplaba en las cosas bellas al Todo Bello y siguiendo las huellas impresas en las criaturas, seguía a todas partes al Amado».

1. El hombre, lejos de la belleza

Si Dios es hermoso, una belleza que nos fascinará por toda la eternidad – es más, que no podremos agotar por toda la eternidad – bella es también la fe que «nos hace gustar por adelantado la luz y la alegría de la visión beatífica» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 163). Y el hombre es una parte de esta belleza, mientras permanece en el diseño de Dios; pero cuando, con el pecado, se rompe la trama, también el hombre queda roto: se da cuenta de su desnudez, percibe desde entonces con los ojos de la concupiscencia. Todo se tiñe de gris, de violencia, por la codicia que ahora posee; se introduce la habladuría de los unos contra los otros y el robo de todo cuanto nos rodea. El hombre ya no se percibe como un don de la belleza, sino como un «desnudo», un necesitado de todo, «un pobre, ciego y desnudo» (Ap 3, 12), un desdichado.

La consecuencia de esta tragedia existencial es que el hombre llega a ser incapaz de amar, porque estando «desnudo» tiene que acumularlo todo para sí mismo, viviendo para sí mismo, como dice san Pablo (cf. 2 Cor 5, 15). No por malicia, sino porque es el esclavo del miedo. El autor de la Carta a los hebreos dice: «Y ya que los hijos tienen una misma sangre y una misma carne, él también debía participar de esa condición, para reducir a la impotencia, mediante su muerte, a aquel que tenía el dominio de la muerte, es decir, al demonio, y liberar de este modo a todos los que vivían completamente esclavizados por el temor de la muerte» (Hb 2, 14-15). El pecado, antes que teoría, realidad ética, invención de una mente enferma como a veces se quiere creer, es el nombre de esta tragedia: creado para amar y por amor, el hombre no es capaz de ello. Se convierte, a pesar suyo, en un “monstruo” que todo el mundo utiliza para provecho propio, para cubrirse a sí mismo. El pecado nos hace feos, afea y embrutece toda la creación, pero no puede arrancar de nosotros ni de la creación la huella de la belleza que nos hizo, el anhelo a la belleza.

Y esta tragedia, este pecado, para usar una expresión muy familiar a Juan Pablo II (en Fátima en 1982), ha alcanzado hoy un «fuerte derecho de ciudadanía en el mundo»: es exigido como condición de la modernidad, se pide que sea defendido y reclamado por las leyes estatales. La locura de una ley que nos hace esclavos, siempre más y más esclavos, víctimas.

Y como esclavos no se va a ninguna parte. Incluso en la vida social y pública. Averiguad detrás de cada cosa mala, detrás de cada injusticia, detrás de la violencia y encontraréis el pecado: nace del rechazo de Dios, de la ausencia de la belleza. De modo paradójico, pero también real, se puede decir que sin Dios, sin Cristo no hay belleza. La historia del siglo que acaba de terminar lo prueba ampliamente.

2. La liberación de la esclavitud

La verdadera causa de tanta frustración, de tanta soledad, de tanta violencia, de tanto terror y de tanta injusticia es el hombre esclavo. Ya san Pablo, en un pasaje memorable de la Carta a los Romanos, exclamó con angustia: «¡Ay de mí! ¿Quién podrá libramme de este cuerpo que me lleva a la muerte?». Literalmente: «¿Quién me librerá de este cuerpo de muerte» (Rm 7, 24).

También el apóstol respondió – y nos responde a nosotros hoy – con fuerza: «¡Gracias a Dios, por Jesucristo, nuestro Señor!» (Rm 7, 25). Aquí está la buena noticia del cristianismo. Esa es la belleza de la fe cristiana. Y

lo es para nosotros hoy: Cristo ha vencido a la muerte. Él tomó sobre sí nuestros pecados, lo terrible de nuestra soledad, nuestra violencia, nuestra incapacidad de amar, «porque sé que nada bueno hay en mí, es decir, en mi carne. En efecto, el deseo de hacer el bien está a mi alcance, pero no el realizarlo. Y así, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero» (Rm 7, 18-19).

En la cruz de Cristo vuelve vislumbrarse la belleza del don de sí: la vida es este don, vivir es donarse. Dios es esta libertad radical del don de sí mismo. Por esto la muerte no puede “vencer” a Cristo. Él es quien rompe las cadenas. Y su victoria se convierte en mi victoria, tu victoria. La belleza del don de sí mismo.

No estoy fuera de tema, todo lo contrario. Estamos profundamente convencidos de que la evangelización ha puesto de manifiesto esta visión antropológica revelada, o reducimos la Iglesia a una ONG, para una indefinida ayuda social, económica, cultural, como dijo recientemente el papa Francisco. O el alma de la proclamación del Evangelio es la experiencia del encuentro con Dios-Belleza – en Cristo – por el don del Espíritu Santo, es la experiencia de la liberación de la dominación de las cosas para convertirse en un don para los demás y entonces nuestra vida se convierte en una carrera para anunciar esta maravilla al mundo, o aquello que anunciamos será siempre un moralismo, un conjunto de leyes que se deben observar, un conjunto de prácticas religiosas que se ponen al lado de otras prácticas religiosas, y no un liberación, una canción de victoria, una buena noticia, un “evangelio”.

De la muerte y resurrección de Cristo nace el hombre nuevo, el hombre de los cielos, que se nos da en el bautismo, porque el Bautismo nos hace «hombres celestiales», «hijos de Dios». No obstante, esto no puede seguir siendo una verdad teológica, tal vez muy bonita, pero que nunca se ve ni llega a ser jamás una belleza concreta ante nuestros ojos.

Hay un lugar, hay una manera donde estos hombres celestiales se dejan ver: la Iglesia, la comunidad cristiana.

3. La fe en la comunidad de la Iglesia

Con la secularización salimos de una percepción de “cristiandad” para encontrar a Cristo, «luz de las naciones», «luz brillante en el rostro de la Iglesia» (*Lumen Gentium*, n. 1), que en la Palabra de Dios «como un espejo en que la Iglesia peregrina en la tierra contempla a Dios» (*Dei Verbum*, n. 7); donde la liturgia, antes de ser la forma exterior de culto, es la irrupción de Cristo Sacerdote en el mundo, que realiza la santificación del hom-

bre; y desde su Cuerpo místico, es decir, Cabeza y miembros juntos, sube al Padre el culto verdadero (cf. *Sacrosanctum Concilium*, n. 7), porque sólo en el misterio de Cristo realmente se ilumina el misterio del hombre (cf. *Gaudium et Spes*, n. 22). Hay aquí como una síntesis del Concilio Vaticano II, que algunos hoy en día quisieran borrar para volver a no sé sabe qué “tradiciones del pasado”.

La Iglesia, la comunidad cristiana. Es el verdadero reto hoy en día. La fe cristiana, bajo la presión de la modernidad y la posmodernidad ha cedido el brillo de su belleza, se ha asustado. En muchos de nosotros se ha dormido, muchos la han perdido en la fatiga de la vida diaria, algunos incluso la han negado. Pero esta es la fe – que es siempre un don de Dios, antes que ser una iniciativa nuestra – que se requiere encontrar, si queremos volver a disfrutar de la alegría y la belleza de la vida. Una fe que reconstruye la Iglesia, que forma la comunidad cristiana para que esta sea testigo.

Redescubrir la fe: ¿cómo podemos descubrirla de nuevo? ¿Cómo podemos mostrar a la gente de nuestra generación lo fascinante de Dios, todo el encanto y la gracia de la fe cristiana, toda la belleza y la armonía de la vida cristiana?

El beato Juan Pablo II, el 21 de septiembre de 2002, en Castel Gandolfo, en un maravilloso encuentro con los iniciadores e Itinerantes del Camino Neocatecumenal, nos dijo: «En una sociedad secularizada como la nuestra, donde reina la indiferencia religiosa y muchas personas viven como si Dios no existiera, son numerosos los que necesitan redescubrir los sacramentos de la iniciación cristiana, especialmente el bautismo. El Camino es, sin duda alguna, una de las respuestas providenciales a esta necesidad urgente.

Contemplamos vuestras comunidades: ¡cuántos redescubrimientos de la belleza y de la grandeza de la vocación bautismal recibida! ¡Cuánta generosidad y celo en el anuncio del Evangelio de Jesucristo, en particular a los más alejados! ¡Cuántas vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa surgidas gracias a este itinerario de formación cristiana!» (n. 2).

A través del Camino Neocatecumenal, Dios ha suscitado a la Iglesia una respuesta a este desafío con la iniciación cristiana. El camino no está destinado a formar nuevos grupos, nuevos agrupaciones en la parroquia, sino para empezar en ella un camino de gestación a la fe adulta: formando de forma gradual pequeñas comunidades cristianas, transformando la Parroquia en una “comunidad de comunidades”, comunidades capaces de dar los signos de nuestra fe. El amor y la unidad (cf. Jn 13, 34-35; 17, 21), que se convierten en misioneros porque muestran al mundo que amar es posible, amar al otro, que siempre es alguien distinto, amarlo incluso cuando te

hace un mal o te desprecia, amarlo incluso cuando se hace tu enemigo. Esta es la característica peculiar del cristiano: que ama a su enemigo. Es posible perdonar.

Los Estatutos del Camino, aprobados definitivamente por la santa Sede, el 11 de mayo de 2008, solemnidad de Pentecostés, dicen: «§ 2. El Camino Neocatecumenal está al servicio del Obispo como una de las modalidades de actuación diocesana de la iniciación cristiana y de la educación permanente en la fe» (art 1.2).

El Camino es «una de las modalidades de actuación diocesana de la iniciación cristiana», con su especificidad para construir comunidades cristianas no sólo es un camino de iniciación individual a la fe, sino una iniciación en la comunidad cristiana, a la belleza de la comunidad cristiana, a la belleza que se hace comunidad cristiana, donde se está dispuesto a perder un poco la vida para acompañar a Cristo en su misión de salvar al mundo.

Por supuesto, como todo lo humano, estas comunidades permanecen bajo el signo de la debilidad, del peso de cada jornada y, por tanto, del pecado y del riesgo de fracasar – por lo que somos muy conscientes de no querer firmar un certificado de buena conducta antes de tiempo –; pero, a la vez, somos testigos de cómo Dios está bendiciendo a las familias, de tantos matrimonios reconciliados, de la apertura a la vida, de los numerosísimos jóvenes, vocaciones; de la generosidad en la evangelización, etc.

Supongo que habéis escuchado algo, en estas últimas semanas, sobre la iniciativa lanzada por Kiko para el tiempo de Pascua: anunciar la alegría y la belleza de Cristo en 10 mil plazas del mundo. ¿Y de dónde nace o surge a estos hermanos, que son en realidad miles de personas que han salido a las calles para anunciar a Cristo, de dónde les nace esta alegría y esta respuesta? ¿Es porque nos han lavado el cerebro? O aún peor, ¿porque nos pagan? - Sí, a menudo insultos, incluso por parte de algún eclesiástico que no quiso que se hiciese esta misión en su diócesis: “¡No hay necesidad de payasadas!”. Bueno, no juzguemos a nadie, pero inadie nos impide mencionar los hechos!

¿De dónde viene a los hermanos está la alegría de la misión de la evangelización? Del encuentro con Cristo, del perdón de los pecados, del don de la comunión, de la experiencia de la comunidad cristiana de la Iglesia. La belleza de la iniciación cristiana: un proceso gradual en la Palabra de Dios, en la liturgia y en la comunión fraterna que hace crecer en la fe y en el amor a la Iglesia. Poco a poco te vas transformando en otro Cristo, dentro de un cuerpo concreto: la comunidad cristiana. En ella, sin embargo, sientes todos los días tu debilidad a flor de piel, tu encerramiento, tus miedos,

tu incapacidad de amar, tu necesidad de conversión. Kiko nos dice, casi en todas las reuniones, una oración de un padre del desierto, que dice: «De tu bautismo brota un agua que te dice: “conviértete hoy”».

Mi propia experiencia personal en el Camino ha comenzado hace 40 años, a través de una experiencia de perdón. Vengo de una familia numerosa y pobre. Toda mi vida había sido nada más que un esfuerzo por escapar de la imagen de ese niño pobre, que no valía nada, en la que me he había quedado atrapado. Ni siquiera pensaba estudiar o trabajar como un servicio a los demás: eran para mí las herramientas para mostrar a todos quién era yo, cuanto valía. Hasta el día en que, lleno de violencia y odio contra todo, no puede aceptar mi historia, ante la situación de que mis superiores me querían expulsar del seminario – y por no darles la razón, yo quería irme – me invitaron a una celebración de una de las primeras comunidades neocatecumenales de Roma y allí escuché una palabra que iluminó mi vida. No eran “los demás” los culpables de lo que pasaba, ni siquiera era yo un monstruo... Era Dios mismo quien me conducía al desierto para terminar descubriendo que había construido mi vida sobre los ídolos: el éxito, ser el primero en todo, aun a costa de los demás... Pero los ídolos en el desierto no nos sacian, no tienen el agua que necesitas para tu sed. Dios me llevaba al desierto, para que ahora realmente pudiese convertirse en el Señor de la vida. Ver como en retrospectiva toda mi vida en las manos de Dios y un Dios que daba un sentido a todo, que me amaba, que no me juzga por mi violencia, por mis opiniones... Por primera vez me sentí acogido por aquello que era. No sólo esa parte de mí – más o menos buena – que todos aceptaban, sino también a esa otra parte que nadie – ni siquiera yo – quería. Esto me ha llenado de gratitud y, por primera vez en mi vida, de vuelta a casa, tuve la oportunidad de pedir perdón a mis superiores. Y a partir de ahí comenzó – en una comunidad concreta con una liturgia viva, que se convertía en respuesta gozosa a la obra de Dios – un viaje que aún perdura y perdurará siempre hacia la plenitud y la belleza del bautismo.

¿Dónde puedo ver la belleza del amor? Sólo en la Iglesia, en la comunidad cristiana. «¿Qué es la Iglesia?» se preguntaba Kiko Argüello en un discurso hace un tiempo. Y él respondió: «Es el cuerpo de Cristo resucitado donde los cristianos escuchan, ven a Dios en su historia, escuchan su Palabra que ilumina su historia, caminan para salvar al mundo. Habíamos muerto y hemos sido resucitados a la vida. Así debe aparecer la comunidad cristiana. Esto es lo que trata de hacer el Camino: hacer comunidades cristianas donde se manifieste la belleza de Cristo, Cristo que salva al mundo. ¿Por qué? ¿Por qué estos cristianos muestran al mundo que Dios es amor,

obrando de tal manera que su voluntad transforme el mundo, porque todo lo que nos rodea de la belleza de Dios es amor de Dios por nosotros... El hombre ha sido creado para ser amado como una esposa, una esposa que Dios hace hermosa».

En la comunidad cristiana uno descubre un espacio, un apoyo especial, la familia, hoy tan atacada, tan desintegrada. Día tras día, bajo la Palabra de Dios, puede aprender el perdón recíproco, y del perdón hacerse don del uno al otro,... Nace la alegría de dar la vida, de estar abierto a la vida. Nace la alegría para transmitir a sus hijos el don de la fe, como el don más importante recibido de Dios. Y de la familia sanada, abierta a los niños, nacen las vocaciones. Por esta razón el Camino Neocatecumenal se está mostrando rico de vocaciones.

4. Las experiencias de evangelización

En apoyo de los jóvenes, hoy tan criminalmente atacados, han nacido por el Camino algunas experiencias que están dando muchos frutos:

- La oración en la familia: el domingo por la mañana ve a toda la familia – padres, hijos y abuelos – recogidos en la oración de alabanza, como un tiempo ofrecido a los padres para poder transmitir de una forma directa, sencilla, existencial su fe a sus hijos, escuchando las dificultades que tienen en casa y en la escuela y entendiéndolas a la luz existencial de Dios.

- La *scrutatio* mensual de la Palabra de Dios, en la que – junto con el encuentro con el Señor en una atmósfera de comunión gozosa – se van introduciendo progresivamente los temas morales del Catecismo de la Iglesia Católica.

- Experiencia de post-confirmación: se basa en algunas intuiciones que Kiko Argüello ha tenido para la educación en la fe de los jóvenes que viven la transición de la adolescencia a la juventud y abarca las edades entre los doce-trece y dieciocho-diecinueve años, en un curso de seis años. En pequeños grupos (alrededor de 8 niños/as), acogidos en la casa de una familia, que hace las veces de padrinos, con un ritmo equilibrado de palabra, catequesis, experiencias, liturgias, se acompañan a estos jóvenes después de la confirmación, hacia la madurez, hacia una catequesis para adultos. Y los resultados son realmente sorprendentes. El porcentaje de continuidad después de mi confirmación, por ejemplo, es en promedio más del 80% de los que participan.

Además, dentro de la comunidad cristiana se pone en movimiento un foco de evangelización. Han surgido así diversos carismas al servicio de la

evangelización: además de los catequistas, por así decirlo, locales (que hacen catequesis en la propia parroquia o en las parroquias vecinas) surgió una especie de itinerantes (es decir, catequistas que se ofrecen para llevar la evangelización en todo el mundo), las familias en misión, *missio ad gentes* y *communitates in missionem*. Presento brevemente estas dos realidades:

- La *missio ad gentes*: ¿Cómo nace y que cosa es la *missio ad gentes*? Siempre partimos de hechos concretos, no de proyectos creados en la mesa... Algunos Obispos (cito las primeras diócesis que participaron: Colonia, Chemnitz, Amsterdam, Avignon, Toulon...), frente a las nuevas zonas urbanas, donde enteros complejos habitacionales de más de 50 mil personas han nacido en unos meses y no tienen – a menudo ni quieren – presencia ni algún rastro de presencia cristiana o religiosa, o delante de zonas enteras de la ciudad, donde la parroquia no está en situación de ser la presencia de Dios (por una serie de hechos que interesante profundizar, pero en otro contexto)... estos Obispos que fueron y son testigos de la obra de las familias misioneras, con sus numerosos hijos, pidieron a los iniciadores del Camino les ayudaran, de alguna manera, con la participación de estas mismas familias, a menudo con hijos adultos, pero muy cerca de la misión de los padres. Kiko y Carmen, junto con el P. Mario, han decidido responder a estas peticiones mediante el envío de una “comunidad cristiana” a estas aglomeraciones: tres o cuatro familias, cada uno con una docena de niños, un sacerdote con algunas hermanas o algún hermano, se transfieren libremente – sin ninguna “promesa” o “voto” religioso – a estos barrios, encuentran casas para vivir, buscan trabajo para mantenerse económicamente. Alquilan salas para reunirse, con especial atención a la estética: deben ser dignas de la comunidad cristiana que celebra los misterios y da la bienvenida a los que vienen a buscar a Dios: pobres y pequeños, solos, personas destruidas por el alcohol o el pecado... También aquí es muy interesante observar que el punto de partida no es un “templo”, una iglesia o un espacio religioso, sino la comunidad cristiana, el Cuerpo vivo de Cristo; abriendo una relación importante, especialmente con los más distantes, con aquellos que por su propia historia de alejamiento de la Iglesia, por el escándalo que compartan para la Iglesia, por su ser “gentiles”, o por otras razones, nunca se acercarían a un edificio sagrado o a los sacerdotes. Una comunidad cristiana, hombres y mujeres como ellos, puede convertirse en el “patio de los gentiles”, aquel natural “patio de paso” para entrar en el templo, como ha mencionado el papa Benedicto XVI. Los hijos, en las diferentes escuelas, son los primeros evangelizadores de sus compañeros de escuela y la familia a menudo da la bienvenida a estos jóvenes para una

reunión o una cena; y el domingo por la tarde en las calles, con guitarras y cantos, para contar su alegría cristiana, encuentros con los vecinos de casa..., cualquier ocasión es buena para hablar de Cristo, para anunciar la victoria sobre la soledad y la muerte, sin ningún espíritu de proselitismo.

- Las *Communitates in missionem* ¿De qué se trata? Simple. No van a misión sólo algunas familias de la comunidad con sus niños o un grupo de familias, como en la misión *ad gentes*, sino toda la comunidad, es decir todo el grupo de hermanos y hermanas que han recorrido juntos durante muchos años las etapas del Camino de la iniciación. En el anuncio de Advénimiento del 2008 (una reunión que Kiko, y luego todos los otros catequistas tienen con sus comunidades para prepararse al Adviento y la Navidad), Kiko ha precisado el significado de esta misión: «El camino termina predicando el Evangelio al mundo. Uno de las novedades más grandes es propiamente esto que toda la comunidad va en misión. No van algunos hermanos sino toda la comunidad. Es una gracia muy grande, es algo maravilloso que Dios os mande en misión, confiándoos una misión concreta. Muchos de estos barrios donde van estas comunidades son barrios llenos de inmigrantes, especialmente de musulmanes, chinos y rumanos. Y luego hay un montón de personas que está lejos de la Iglesia, lejanísimas, que no viene... Es fantástico poder partir, dejar que el Señor te dé una misión, morir en misión, envejecer en misión. Es una cosa maravillosa...».

Conclusión

Entonces, así como del corazón humano nace el robo, el asesinato, la violencia, la perversión, la sexualidad hecha mercado... es del corazón renovado, del hombre que se convirtió, que parte la misión, la evangelización: por amor a Cristo y por amor al hombre.

Para ello consideramos fundamental establecer en las Parroquias estos “lugares” donde podamos hacer adultos en la fe, en el que podemos pasar la fe a nuestros hijos. Donde tantos “pequeños”, alejados de la Iglesia, aplastados por una historia demasiado pesada, tantos hermanos y hermanas solos, tantos pecadores – y su número va en aumento día a día – pueden ser acogidos y acompañados en un camino de fe que no requiere nada sino que les da la experiencia del perdón y la ternura de Dios. Nuestra Parroquias, junto con muchas otras expresiones pastorales, tienen hoy la urgencia de abrir estos lugares de evangelización, un verdadero “laboratorio sacramental”, como lo llamó una vez el beato Juan Pablo II.

Un camino de la iniciación cristiana a fin de encontrar la belleza de la esperanza cristiana. La belleza hecha así «camino de evangelización y diálogo».

Y esta «belleza», que es Cristo – hecha visible en el cuerpo de la comunidad cristiana – «salvará al mundo», como ha escrito Dostoievski.